

CONFERENCIA 300

POR

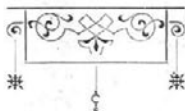
D. MANUEL CABALLERO

Miembro de la Delegación Oficial del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos
para asistir en Madrid a la

FIESTA DE LA RAZA

LEÍDA EN EL ACTO LITERARIO-MUSICAL,
CELEBRADO EL DÍA 27 DE OCTUBRE DE 1919
EN EL TEATRO ESPAÑOL, BAJO LOS AUSPI-
CIOS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO Y LA
** UNIÓN IBERO-AMERICANA **

EDITADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID



IMPRENTA MUNICIPAL

MADRID, 1919

CONFERENCIA

POR

D. MANUEL CABALLERO

Miembro de la Delegación Oficial del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos
para asistir en Madrid a la

FIESTA DE LA RAZA

LEÍDA EN EL ACTO LITERARIO-MUSICAL,
CELEBRADO EL DÍA 27 DE OCTUBRE DE 1919
EN EL TEATRO ESPAÑOL, BAJO LOS AUSPI-
CIOS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO Y LA
* * **UNIÓN IBERO-AMERICANA** * *

EDITADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID



IMPRENTA MUNICIPAL

MADRID, 1919

Dedico esta Conferencia
respetuosamente al Excelentísi-
mo Ayuntamiento de Madrid,
a la Benemérita Unión Ibero-
Americana y al ilustre Conce-
jal Sr. D. Hilario Crespo, ini-
ciador de la Fiesta de la Raza.

M. Caballero.

TEMA DE LA CONFERENCIA

Delineación de un esquema para realizar, en forma positiva, la unión de España con los países que en América fueron sus colonias, la de estos con la Madre común y la de ellos mismos entre sí.

Sr. Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Madrid,
Excmo. Sr. Presidente de la Unión Ibero-Americana,
Gentilísimas damas y distinguidos caballeros:

Hondamente conmovido por la estupenda fortuna de hablar—aunque sea leyendo—ante un auditorio español, tan lleno de valer, de importancia y de significación, como el que me dispensa la merced envidiable de oír cortesmente mis palabras, úrgeme, tras de la más rendida de las saluciones, declararos que, aunque anunciado este acto, como una *conferencia*, no tendrá de ello más que el nombre. Voy a gastar los no muy largos minutos de mi presencia en el proscenio, en una afable y sencilla conversación, sin importancia, es cierto, pero rebosante de cariño, de entusiasmo y de impulsos ambiciosos de ser, más bien que comprendido, adivinado. Porque cincuenta años de ingrata brega periodística han concluído—naturalmente—por dejarme exprimido el cerebro, descoloridas las ideas y torpes las palabras. Pero es el caso que disgregada ya la Comisión oficial que de México vino a saludar a España; alejados de ella dos miembros de verdadera valía, el uno por la herida traidora de la muerte de un ser adorable que dejó en la patria, y el otro por el desempeño imperioso de un servicio diplomático importante, quedó únicamente, en el fondo del ánfora de nuestro entusiasta grupo, el paupérrimo sedimento de la ineptia, apenas abonado por la dulce conciencia de haber modestamente servido medio siglo, a la causa, bella y apasionante, de la cultura humana. Dignáos, pues, revestiros de indulgencia; excusad la tediosa y antipática repetición del *yo*, pensando que esta es una morbosa manía de todo viejo, afligido por la dolencia de querer, angustiosamente, retener a todo trance, un *yo* que se le escapa. Tomad a beneficio de inventario, lo que haya habido de exceso en las frases de presentación del galanísimo orador y tribuno Sr. de Armiñán, ya que con facilidad comprenderéis que, en su desplegada galantería española, él se ha creído obligado a extremar las manifestaciones de la hospitalidad nacional, con uno que buscó iglesia en el regazo de la amantísima Unión Ibero-Americana, por el hecho de haber entrado a una tierra en la cual, si bien él conoce y ama, hombres y nombres por legio-

nes, a él en cambio, por muy explicable desventura, no le ama ni le conoce nadie.

Repito, pues, que mis palabras no son una conferencia, ya que el hecho de intentar tal cosa elemento tan nulo como yo, en el corazón de un país de poetas, de sabios, de oradores, de filósofos, de políticos y de miles y miles de chispeantes ingenios literarios, agraciados y castizos, audacia habría de ser, poco menos que imperdonable, por lo presumida y por lo aburridora. Es nada más que un saludo del México popular que vino, y que ya se va, a la adorable Madre España, que aquí estaba, y que se queda, enclavada en la puerta de oro de Europa, como un imperecedero arco de triunfo de la raza, y para alumbrar, como una estrella enorme, las imborrables glorias de lo pasado, al par que constituirse como una brillante promesa de sol, para los sucesos que esconde en su ya abultado vientre, la adolorida, pero todavía robusta madre del futuro.

No; no es una conferencia; es una íntima conversación a *mezza voce*, que el hijo de alejadas tierras tiene ora con la madre, sobre cuyo pecho amoroso se recuesta, como buscando abrigo, como pidiéndole que le diga, suave..... muy suavemente, quedito, muy quedito..... qué siente, y cómo siente, qué hace y cómo lo hace, qué ama y cómo ama, qué sufre y cómo sufre..... qué espera y cómo espera! Es una conversación, muy íntima, de dos que no se han visto nunca, pero que se hablan de tú desde el primer momento. Es un plácido cuchicheo, es un palique, sabroso y tierno, entre hijo y madre; mitad, protesta de amores, y mitad, exposición de sueños. Así, pues, no pidáis un fondo de oro a lo que apenas lo tiene de hojas de rosa. No demandéis resonancias de clarinería triunfal a lo que suena, escasamente, como brisa de mayo en los arbustos campesinos..... Si en esta comunión espiritual de unos cuantos minutos con vosotros, consigo no disgustaros..... sonreídme..... Si tengo la desgracia de caer en falta, toleradme..... Pensad un poco en que — íntimo y todo — este acto literario tiene algo de solemne. En estos momentos, aunque no sea sino con la presencia de uno de sus átomos, es bueno que os déis cuenta de que México está en España. Haced de modo que, muy bien abrigada en paños de cariño, yo me lleve, de vuelta, a España hasta mi México.

La presencia en Madrid de la Delegación Mexicana a la Fiesta de la raza, ha sido fugitiva y sin rastros, como un relámpago. ¿Y quién de entre vosotros pudo—ni lo intentó jamás—poner a un relámpago en cautiverio?

Pero he aquí que, desbaratada esa Comisión y hasta quedado el que os habla sin carácter oficial alguno, directo ni indirecto, se ha apoderado de su espíritu la obsesión continua de rebelarse contra ese fin de encomienda, desmayado y triste.

¡Cómo!—me he dicho yo—¿habrá un Gobierno, en el nombre de todo un pueblo, aceptado la caliente invitación hecha por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid a toda América, para enviar delegaciones a la significativa Fiesta de la raza; habrá sido México—por excepción honrosa—el único que tal Delegación haya constituido, haciéndola atravesar, a paso de ataque, un cuarto de continente y un océano; se habrá gastado la Nación una buena millarada para que cuatro mexicanos vengamos al otro lado del mundo, tan sólo para embobarnos con los grandes espectáculos de la Corte, comprar para llevar recuerdos a nuestros críos, barros de Andújar y cacharros de Talavera, volviéndonos luego a los tres días, por el mismo camino por donde llegamos?

Por el nombre que llevo me perdonaréis, señores, si os declaro, categóricamente, que solamente de pensar en esa hipótesis se me ha subido al rostro, más de cien veces, una ola de color de escarlata.

¿Qué hemos hecho hasta aquí?—me he dicho.

Llegamos un buen día, con viento fresco. Nos sentimos, en buen hora, pisando tierra de España, con la misma emoción y con idéntico deleite que si marcháramos sobre rosas; hemos respirado las tibias auras otoñales de Madrid, como si bebiéramos gloria, y apenas sacudido el polvo del camino nos hemos encontrado durante la histórica, pero lluviosísima tarde del 12 de octubre, instalados en el Salón de cristales del Palacio Concejil presenciando la Fiesta de la raza. Allí hemos aplaudido, con sincero entusiasmo, a poetas y oradores, lo mismo la estrofa medioeval de Mediz Bolio, celada de casco, revestida de armadura y calzada de espuela, que la juvenil inspiración del gallardo milite triunfador en los Juegos florales. Nos ha estremecido la tonante divinidad del verbo español en la cláusula de oro de García Kohli; en el adamantino fulgor de la parla joyante de Manuel Ugarte; en el sereno y convicente raciocinio del Sr. Raposo; en la flexible y subyu-

gadora elocuencia del Sr. de Armiñán; en la suntuosa y sonriente bienvenida del Sr. Garrido Juaristi, y finalmente en la caliente oratoria del Sr. Ministro de la Gobernación, toda henchida de solemnes declaraciones y de promesas grandes. Hemos tomado, la víspera, una aromosa taza de te en el palacio de Recoletos, que la galantería del Excmo. Sr. Rodríguez San Pedro nos ha dicho que es *nuestro palacio*, y por el cual han pasado, de tiempo atrás, las figuras de mayor relieve de América y de España; todas ellas visitando, con amor, el santuario ibero-americano. Hemos concurrido una noche al Real y hemos grabado allí, en las ávidas retinas, la sonriente y serena majestad de ese gran magnetizador de pueblos, de quien la Prensa de nuestro país dice, casi a diario y con justicia, que es el más regio de los demócratas y el más democrático de los reyes. Hemos hecho una escapatoria para ir a la Rábida. Hemos soñado, silenciosamente, en lo pasado, a la vera de las regias tumbas en el Escorial. Nos hemos pasado una hora, sin luz, en una otoñal noche de gran luna, dentro de la catedral de Toledo. Hemos visto, con nuestros propios ojos, en la romántica Avila, el lugar preciso en que nació la divina Teresa. Hemos pisado varias veces—como lo estoy pisando ahora mismo, con santa reverencia—el sitio consagrado en que surgieron a la vida de la gloria, las inmortales creaciones de Tirso, de Calderón, de Lope y de Moreto. Hemos recorrido—arriba y abajo—este delicioso Madrid, tan tortuoso y enmarañado, que no parece, en su plano, sino una gran salvilla de porcelana que se hubiese estrellado en mil pedazos; pero eso sí, tan limpio, tan progresista, tan risueño, tan hospitalario, tan típicamente lento en sus andares, como estrepitoso y musical en sus decires. Hemos sentido y admirado la gallardía de esta Prensa, tan intelectual, tan humorista, tan batalladora y tan libre, como no la hay más libre ni más batalladora en toda América; pero eso sí, tan olvidadiza, que jamás se acuerda de que hay un país de 18 millones de habitantes, que se llamó en un tiempo «Nueva España», en el que viven, y luchan, y trabajan y prosperan 200.000 españoles, acerca del cual y de los cuales, no se lee nunca, o casi nunca, una sola palabra en estas planas hervorosas, mientras en revancha bella, todos los diarios de México publican seis y ocho columnas de cables españoles, dándose el caso muy frecuente de que el público mexicano conozca sucesos de España, aparentemente, antes de que acontezcan, a causa

de la diferencia en tiempo que producen los distantes meridianos.

Jóvenes y viejos de la Comisión, hemos rendido el tributo merecido de ojos y de corazones a esta procesión interminable de ángeles con faldas cortas—¡oh, muy cortas!—que circulan por las calles de Madrid y que van pregonando, con su belleza y su gracia, que la felicidad no sólo está en el cielo, sino que también se le puede dar legítima caza, en siendo un buen tirador, en este valle de lágrimas..... Todo eso, sí señores; todo eso hemos hecho los mexicanos; nos hemos hundido en todo eso, amalgamado con todo eso; hemos sentido la punzante desesperación de no podernos llevar todo eso, íntegro, vivo, palpitante, inmutable, comprado, regalado o robado, al muellecimiento de flores y de lagunas de cristal, en que lo asentariámos en México, para que entonces se hiciera allá axiomática, bajo aquel sol, tratándose de la ciudad robada, una duplicación de la orgullosa frase napolitana, que dice..... *«vedere Napoli e poi morire»*.

Todo eso está muy bien, pero queréis decirme ¿es que con atiborrarnos de tanta y tanta poesía hemos cumplido, en conciencia, la misión que se nos dió de venir a la Fiesta..... de la raza?

Transplantados a este medio en días de público holgorio al efímero resplandor del chispazo de un segundo, en el tiempo de nuestro cometido, las placas de nuestros ojos han podido copiar, en una instantánea de maravilla, cumbres altas y majestuosas, revestidas, según nos ha permitido verlo el parpadeo de la cámara, de tupidos mantos de color de esperanza..... Mis pupilas atónitas, cargadas de visiones interiores de bienestar y de gloria para mi raza, han vislumbrado en el vago confin distante, toda una procesión de figuras blancas, ostentando sobre las frentes diademas como soles y vistiendo dalmáticas de oro que parecían retazos y retazos de campiña con trigos ya maduros..... Estamos en la hora breve y pálida de los sueños.

No lo extrañéis, almas buenas y sencillas..... El eterno bebedor de ideales no ha podido rezar el ya enorme rosario de su vida sino a fuerza de inyectarse a todas horas la morfina adorable de las quimeras..... Mi suprema ambición radica en esto sólo: quiero que, cuando desde el lado allá de la vida, esté yo plácidamente sentado sobre un peñón musgoso, a la margen violácea del quieto y sereno lago del olvido, lleguen has-

ta mí.... muy vagamente.... como los acordes perdidos de una música distante, estas palabras con que los nietos de mis nietos refieran a sus hijos, como un romance de abuelo o de nodriza, el cuento de mis venturas y mis malandanzas, encabezándole de esta suerte: *Este era un soñador que tenía tres sueños, que se llamaban la Belleza, la Justicia y la Libertad.*

¿Es ya tiempo, señores, de soñar esas tres divinas cosas reunidas sobre la tierra?

Sed clementes; no os burléis de mí si os contesto, con un dulce candor de niño, que mi optimismo está resueltamente por la afirmativa.

De niño dije, y no me retracto: ¿Acaso no sabéis todos de memoria aquel dicho popular que afirma que los viejos vuelven a la primera edad? Yo soy, pues, un «candoroso» legítimo, un alma sin hieles, un labio sin mentiras. Digo las cosas como las siento, y siento las cosas como las digo. Mi corazón está seco; el alma se me ha refugiado en la cabeza, y—ya lo véis—esta cabeza mía va revestida de blanco. Me siento con un gran derecho a recordar el día dichoso en que, atado al brazo izquierdo, llevé, como en un éxtasis, el lazo de la primera comunión. Entonces, el color de la nieve me purificaba el lado por donde la vida entraba.....; hoy, el mismo matiz me ilumina pálidamente el lado por donde se debe marchar la vida.... ¿Estáis convencidos? ¿Verdad que sí?

Pues bien, señores, este soñador, este «inocente» os va a decir ahora el idilio blanco y acariciador del sueño que ha soñado para su raza.

Os preguntaba, hace un momento, si es este ya el instante en que sea permitido al hombre ver—sobre un hondo cielo azul—la conjunción de esos tres astros que se llaman Justicia, Libertad y Belleza, y sacando la respuesta de debajo de mi blanca túnica os he contestado resueltamente ¡sí!

¿Por qué esta afirmación?

Porque siendo, como soy, un hombre, creo en el hombre.

No perdáis de vista que es un *niño por segunda vez* el que os está hablando....

Creo en *el hombre* he dicho, y no sería yo lógico con mi creencia si, al mismo tiempo, no creyera también *en los hombres*... Creo en los hombres que forman pueblos; creo en los pueblos, ya que se integran con hombres, y creo, finalmente, en las grandes colectividades de hombres y de pueblos que

aman al hombre, luchan por el hombre, sufren con el hombre, y que, arrojadas todas en montón, en la retorta inmensa de la vida, dan, como resultante biológica, ese grandioso compuesto, palpitante y divino, que se llama la humanidad.

Si, pues, yo soy humano y creo en lo humano, es decir, creo en la elevación a la milésima potencia de todo aquello que sinceramente siento de bueno y de levantado en mí, ¿cómo podría suceder que dudara de la sinceridad, de la hondura, de la nobleza, de inmensos y poderosos grupos de humanidad, que se aprietan estrechamente los unos con los otros, que ponen juntos, en un inmenso frente desplegado, sus gloriosos estandartes; que conducen serena y heroicamente al sacrificio a sus doradas juventudes; que hacen correr sobre la madre tierra ríos de su savia generosa; que saben morir por millones, con la estóica sonrisa del desdén para el martirio sobre sus labios exangües, y que, en conjunto, han enviado un mensaje hasta los cielos, jurando que estaban luchando por la civilización, por la justicia y por la libertad? ¿Hay alguien que se sienta el valor necesario para negar las notas de lo bello, de lo sublime y de lo sincero a esos tremendos hechos, estremecedores y palpitantes? ¿Hay alguien — repito — que sea capaz de expedir un contramensaje a las alturas, afirmando que esos hombres inmensos — que son *el hombre* — no han hecho otra cosa que enmascararse aquí abajo para jugar con sangre el Carnaval de la Justicia?

Pues deshónrese el que quiera con tal blasfemia. Yo..... no lo creo..... Yo creo, porque lo siento en el corazón que aquí me late, que ha sonado positivamente para la tierra la hora esperada del Derecho y de la Libertad. Yo creo que a partir de este solemne minuto histórico del mundo, el pueblo que derribó por sí solo la Bastilla, de París, ha derribado ya también, y para siempre, la siniestra Bastilla del mundo, que era el reinado de la injusticia y de la fuerza. Creo que las denominaciones de pueblos grandes y pequeños no se podrán ya aplicar en lo sucesivo, según los casos, sino a los que respeten o no respeten el bien que es la verdad, y la verdad que es la ley. Pero seguramente que en la segunda categoría no estarán ya nunca los resplandecientes triunfadores. Yo he creído siempre en ellos; creí cuando juraron; creí cuando lucharon; sigo creyendo aún cuando vencieron..... El mundo, señores, tenía muchas banderas, todas sagradas, porque todas entrañaban luz y amor. Era una vasta policromía resplandeciente, como

la que lleva en sí la suntuosidad del arco de triunfo de los cielos. Hoy—gracias a la deslumbrante victoria providencial—la tierra no tiene ya sino un solo estandarte blanco, en el cual gloriosamente se funden las tonalidades todas del espectro solar, y ese místico estandarte de maravilla se llama sencillamente *la paz*.

Yo estoy por ese estandarte..... México está nerviosamente por ese estandarte..... toda la inmensa porción de mundo, que no esté loca, quiere vivir y morir bajo los pliegues de ese estandarte.

Y ¿conocéis su definición, señores?... Juárez, nuestro inmenso Juárez; el indio colosal y sencillo que asombró al mundo, dió esa definición en cuatro palabras catonianas....: «*el respeto al derecho ajeno, es la paz!*»

Pues bien, señores, si la paz del mundo—épicamente conquistada—ha afirmado ya el derecho, y si el derecho de cada quien es y será ya, en lo de adelante, concienzudamente respetado por todos ¿tenemos o no tenemos el derecho, todos los pueblos de la tierra, como antes lo he preguntado, de soñar en esas tres divinas cosas que se llaman la Belleza, la Justicia y la Libertad?... ¿Me concedéis ahora que he estado yo en lo justo al contestar a esa pregunta afirmativamente?

Pues bien, hermanos triunfadores, dejadme ya saludaros, desde este rincón de gloria, con la excelsa salutación de Cristo: «*la paz sea con vosotros que sois grandes*». Pero permitid que, a mi vez, os pida el saludo recíproco, escuchando de vuestros labios sinceros esta gozosa antifona: «*sea la paz con vosotros que sois pequeños*.»

Vosotros, grandes pueblos, habéis celebrado la unión que os centuplica. Vuestra grandeza rebasa la cuenca del momento actual y se desborda sobre los siglos y la Historia como una cascada universal para las generaciones. Sois, por tanto, el pedestal incommovible, sobre el cual levanto el granítico monumento de mis raciales sueños. La fe que en vosotros tengo es la que da consistencias marmóreas a mis fantasmas.

Yo sé, yo admito de todo corazón, porque se lo ha dicho al mundo, una y otra vez, una de las más prestigiosas y autorizadas voces de vuestro grupo ciclópeo, que vuestros móviles no fueron jamás egoístas, sino que luchastéis y vencistéis por salvar a la humanidad de las garras opresoras, y siempre amenazantes, del militarismo y de la conquista. Tenemos, pues, absoluta fe en vosotros, porque—débiles como somos

los pueblos de mi raza—habéis sido de hecho nuestros salvadores, alejando de nuestros cielos—para siempre—el vuelo de toda ala siniestra, la mancha de toda nube oscura. Os vemos tranquilamente envueltos en los níveos pliegues de vuestra bandera, protectora del mundo, y leemos en ella, como un excelso mote, transcrito por arte de maravilla, como síntesis de vuestros amplios tratados, la gloriosa definición de Juárez: «*el respeto al derecho ajeno es la paz*».

Dentro de ella queremos convivir con vosotros, fraternalmente, sinceramente, honradamente, la vida intensa y fatigosa, pero fecunda, del progreso humano. Queremos convivirla, no sólo con vosotros y para vosotros, sino *con y para* el mundo entero. Queremos pagaros la deuda que con vosotros nos liga, no con relaciones desconfiadas y recelosas, sino con amistades hondas y recíprocamente utilitarias. Queremos tener perennemente abiertos, para vosotros, nuestros corazones y nuestras puertas. Queremos, en una palabra, ayudar en la medida de nuestros músculos, a que vuestra grandeza se *agrande*, a que vuestra solidez sea más *sólida*, a que vuestra felicidad sea *más feliz*. ¿Qué ganaríamos con seguir otra ruta? ¿Qué esperanza podríamos alimentar de que ni en cincosiglos nuestra *potencia* estuviera a la altura de vuestra *omnipotencia*?

Pero queriendo todo eso—que sin duda queremos—yo, el átomo de la raza, quiero y sueño que toda esa convivencia, humana y cariñosa, os la demos, no como pobres individuos que viven en separaros—alejados e ignorantes, los unos de los otros—sino convirtiendo a la América española, toda entera, en un vasto taller y en un almacén inmenso, para que de ese modo nuestra cooperación en vuestra obra sea más amplia, vuestros resultados positivos más remuneradores y el soñado bienestar de nuestros jóvenes pueblos mucho menos inestable.

Sueño en un tratado—más o menos remoto—que haga nacer, con sanciones positivas, un Derecho Internacional hispano-americano, para exclusiva y perpetua salvaguardia de la paz entre nuestros pueblos, convulsivamente inquietos. Sueño en un Tribunal, como el de La Haya, pero todavía más efectivo, con su asiento perdurable en Madrid y con un final arbitrador supremo que no sería otro que el prestigioso, el querido, el intachable Rey de la amorosa Madre España. Sueño en una red marítima, con una vasta flota de buques mercantes, comprados, uno por cada nación, y constituídos en

una poderosa Compañía, no con el objeto precisamente de hacer de esa arteria una fuente de especulación, sino en un mutuo servicio de América para América, activando nuestras relaciones raciales y las nuevas que se irían creando con el resto del mundo civilizado. Entreveo la practicabilidad de un cable submarino, propio de Hispano América y de España, con la función fundamental de comunicar diariamente a los países de la raza, las pulsaciones vitales de todos ellos, de tal manera que, hora a hora, se conociera hasta en el último del uno, la fotografía instantánea de las actividades de los restantes. Se me presenta a la imaginación, como un manantial inagotable de ensanche para todos los negocios, españoles e hispano-americanos, el surgimiento de un viable y poderoso Banco de emisión, con un papel ampliamente garantizado, de circulación legal uniforme en todos los países asociados. Contemplo mentalmente los brillantes efectos de un liberal y uniforme Arancel de Aduanas marítimas, con derechos recíprocamente protectores para todas las producciones hispano-americanas. Percibo, con júbilo inmenso, el prodigioso funcionamiento de dos puertos libres, el uno en España, para recibir, almacenar y distribuir la importación de América en Europa, y el otro en América para derramar, por el Continente de Colón, la producción cada día creciente de España, pagándose las cuotas aduanalas hasta el punto final de su destino. Me doy cuenta de las ventajas incalculables de una moneda internacional, de peso, ley y cuño uniformes que tuviese, por ejemplo, el glorioso nombre de Bolívar, y que sirviese de unidad asombrosa de cambio para todas las transacciones de pueblo a pueblo. Veo, en Madrid, la palpitación de un grandioso diario hispano-americano, órgano de la Unión racial y palanca formidable del avance para el conocimiento recíproco y la prosperidad de todos. Veo instalada, en esta urbe progresista, una universidad grandiosa hispano-americana y dentro de ella una Academia de la Lengua, encargada de velar por la pureza y enriquecimiento de ésta; veo derechos civiles y políticos reconocidos, sin necesidad de naturalizaciones retardadas o enojosas, entre todos los países de la raza. Veo, en suma, la vida fraternal, haciéndose prolífica y común; el progreso multiplicándose en proporción geométrica; el bienestar, alcanzando en amplia medida a todos; la paz no perturbada ya nunca por el horrendo microbio de las evoluciones, obtenidas a la punta de la espada y—en una palabra—la felicidad racial extendida

como una bendición, sobre todos los individuos, sobre todos los hogares, sobre todos los pueblos!

A esto, que puede ser la obra de diez años o de diez siglos, es a lo que yo llamaría «*la realización positiva de los destinos de raza.....*» Obtenerla estrictamente, dentro de los más escrupulosos postulados de la paz y del derecho, debe y puede ser la aspiración legítima de España y de sus hijas, las naciones de América.

¿Qué se hecho hasta ahora en esa dirección?

Algo—aunque no lo bastante—por iniciativas privadas. Muy poco, o casi nada, por los Gobiernos de América. España concede un fuerte subsidio para el sostenimiento de la Unión Ibero-Americana, que es, en realidad, la vieja guardia de nuestra causa. Y la Unión viene trabajando, desde hace cuarenta años, por nuestra bella, pero mal alimentada aspiración, con *una constancia, y una fe, y una inteligencia* que han concluido por abrir brechas en la roca dura de las desidias tropicales. Se han visto ya muchos síntomas de calentamiento de sangre. Por muy de prisa que mi sueño marchara—si es que marcha—tardaría lustros en cristalizar en todo eso que ven mis ambiciosos ojos interiores.

Però entretanto, se llena el alma de consuelo y esperanza cuando se ve que al morir próceres intelectuales como Enrique Rodó, Rubén Darío y Amadò Nervo, España y todas sus hijas se conmueven, lloran y visten luto. Ahora mismo la ciudad de México está contemplando el gesto gallardo de la Argentina y del Uruguay, al rendir a los despojos de Nervo, honores que parecerían excesivos si no se hubiera tratado de la irreparable desaparición del que hasta ayer era, entre los vivos, y lo sigue siendo ahora, entre los muertos, uno de los más grandes poetas místicos castellanos. Ya en eso hay mucho de hispano-americano. Lo hubo en la manera triunfal con que a través de todo México el gran poeta español Salvador Rueda fué recibido por españoles y mexicanos. Lo hubo en los agasajos, tan intensos como tan merecidos, que allá mismo se derramaron a manos llenas sobre dos cumbres mentales de esta Iberia intelectual, o sea, sobre el maestro insigne y pensador profundo D. Rafael de Altamira y sobre el dulcísimo bardo de azules trovas y pensamientos de alas de libélula D. José Antonio Cavestany. Lo hubo en la celebración del Congreso racial, reunido en Madrid en el 1900, con resultados sorprendentes, que fuera imposible, en esta ocasión, ni el

esbozar siquiera. Lo hubo, y muy caliente, en el envío, único en su especie, de una Delegación mexicana a la Fiesta de la raza, así como en el previo establecimiento en este reino, extendido a todas las ex colonias, de esa que será ya una perpetua solemnidad anual. Lo hay en la existencia activa y ardorosa, en Madrid, de Academias y Sociedades, de nombres y formas diferentes, pero que todas ellas laboran, con fe sincera, en ramas de estudios ibero americanos. Y por no dejar, lo hay, por último, en el gentil y hospitalario interés con que el Excmo. Ayuntamiento de Madrid y la robusta Unión Ibero-Americana están aquí, en este recinto, sosteniendo por los brazos a un rimador caduco, que pidió la sombra confortante de esta casa—tan vieja como tan española—para decir cuatro malas estrofas de amor a la patria de sus abuelos, y para escuchar después, húmedos los ojos y acelerados los latidos de su corazón, el himno de su batalladora tierra, en el propio recinto, cuyos dormidos ecos han despertado tantas veces, alborozadamente a los gritos de «viva España y viva el Rey.....»

¿Por qué, pues, no esperar? ¿Por qué se desconfiaría de que esta semilla de amor que perseverantemente venimos sembrando los corazones leales y las almas ardorosas no han de abrirse algún día en floraciones espléndidas, presagiadoras inmediatas de frutos abundantes y ricos?

Yo, señores, no veo el obstáculo moral ni político, ni teórico, para que trabajemos—lentamente, si se quiere—pero concertadamente y con método, a la vez que con fines precisamente trazados, en imprimir una continuidad vigorosa y resuelta a la muy conocida obra, *consciente, rectilínea y honda* de la Unión Ibero-Americana: Nos encontramos ya con los surcos abiertos, y llevamos la semilla en nuestras manos. No tenemos que hacer sino sembrarla y esperar que los tallos broten, y prosperen, y cuajen sus espigas, y nos rindan sus frutos bendecidos. Un día—gracias a ellos—seremos ciudadanos de España, como los españoles lo serán de América, después de habernos dejado la herencia opulenta y fulgorosa de la civilización y de la lengua.... Lo que ello dilate aún, no hace esencialmente al caso. Lo esencial es que sepa la humanidad, que sienta, que compruebe, que a la sombra de nuestra unión no hay fines, directos ni indirectos, de desamor para nadie, de exclusión recelosa de nuestro trato en contra de ningún grupo humano, sino que nos organizamos por el afecto y por las facilidades que nos dan las afinidades de origen, de

tendencias, de idioma, de costumbres, de educación y de creencias, para aprovecharlas en obtener realidades, también idénticas, de desenvolvimiento, de bienestar y de amor.

¿Hace falta que esas cosas se prueben? Pues sabremos probarlas. Huyamos las precipitaciones y las algaradas que nos llevarían a resultados contraproducentes.

Pensemos que los destinos del mundo no son ni pueden ser los del odio perpetuo y la división obstinada. Porque el planeta nuestro y el hormiguero que lo habita son la obra de aquel soberano Artífice que nunca va al fracaso. Pero si es su mente—por razones muy suyas ante las cuales no cabe otro recurso que doblar la cerviz—que para volver a la nada esta burbuja que llamamos *el orbe* presuntuosamente, se desencadenen ya todas las fuerzas naturales y en un coro gigantesco nos griten que se están produciendo, la agonía, el desquiciamiento de la tierra y la última ruina de la Humanidad, no por eso debemos renegar de la Providencia ni perder la serenidad y el valor, aquellos que conservemos en la diestra la antorcha augusta de la fe. Yo de mí sé decir que, mientras sienta y palpe que aún queda sobre la tierra un hombre sólo, enamorado de aquellos tres sueños míos que se llaman la Belleza, la Justicia y la Libertad, seguiré obstinadamente considerando al mundo, como digno todavía de aquella divina salutación de los ángeles al adorable Infante de Belén:

¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Manuel Caballero.



Madrid, 27 de octubre de 1919.